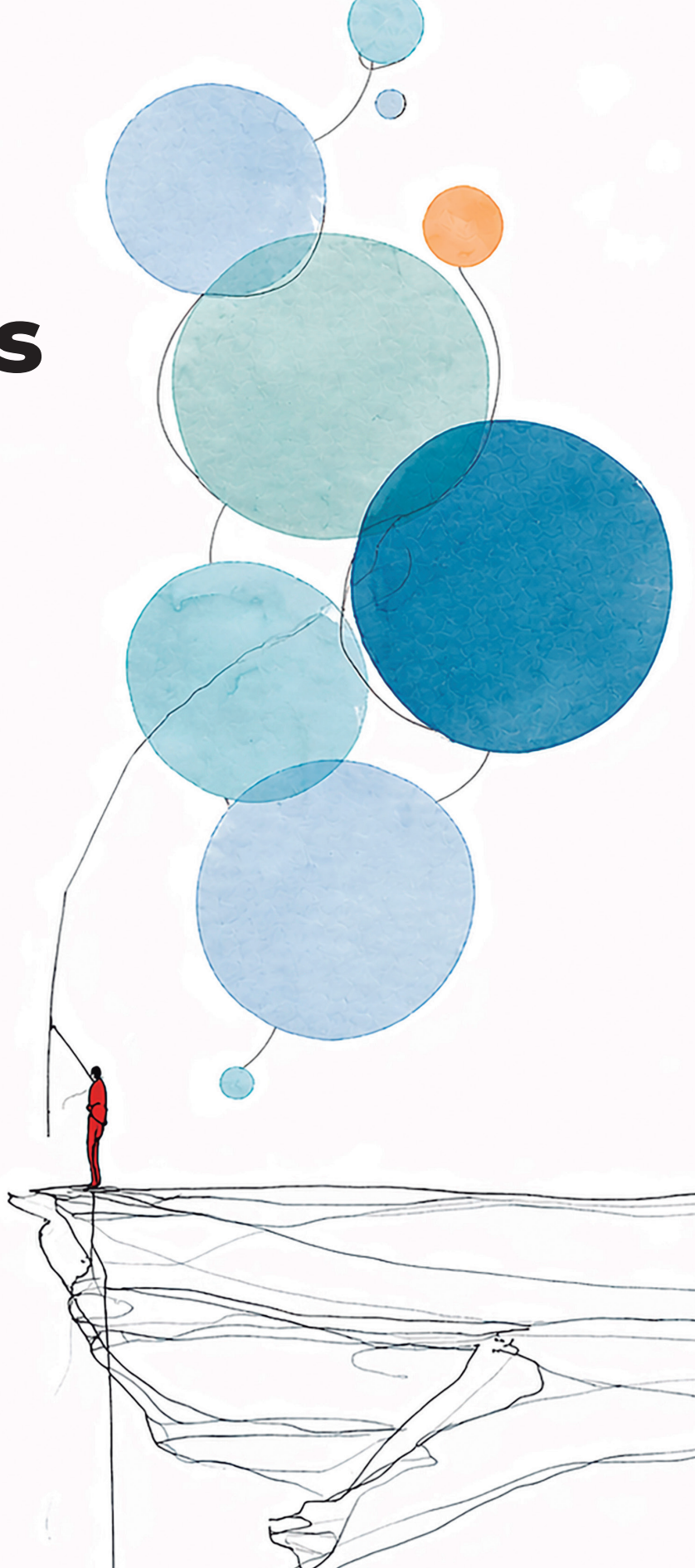


Micro Relatos

ECOTÓPICOS

Víctor Alonso-Rocafort
e Ignacio Martínez
(compiladores)

22 microrrelatos
sobre un mundo
que ya está aquí



Micro Relatos

ECOTÓPICOS

Víctor Alonso-Rocafort
e Ignacio Martínez
(compiladores)

22 microrrelatos
sobre un mundo
que ya está aquí

Autoría de los microrrelatos, en orden de aparición: Sari Palomar, Cris Jiménez, Ander Villacián Crespo, Selene Sánchez Muñoz, Irene Bariego Fernández, Nicole Fernández Berrío, José Borrego Sevillano, Iván Castro Gestoso, Eva Martínez Casado, Alicia Bichat, Thaïs Pellerin Le Galo, Paula Sánchez Moreno, Suzanne Marguerite Prune, Roxolana Huch Matviyiva, Pablo Caro Duro, Emma Sofia Lombardi Burgos, Iván Hernández Anegón, Valentina Molina Briseño, Nahuel Chali Ares, Margaux Bellangeon, Luis Gabriel Falcón Cordara y Marta Peyrona de Cristóbal.

Edita: Economistas sin Fronteras (www.ecosfron.org).

Compiladores de la edición: Víctor Alonso-Rocafort e Ignacio Martínez.

Diseño y maquetación: Mejor (www.somosmejor.es).

Conceptualización de las ilustraciones: Mejor y Cristina Morientes.

Ejecución de las ilustraciones: Cristina Morientes, con apoyo de MidJourney.

ISBN: 978-84-09-86357-0

Financiado por:



Ministerio de Derechos Sociales, Consumo y Agenda 2030. Proyecto "Imaginar la universidad ecosocial del futuro: mantenimiento y extensión (interuniversitaria e intersectorial) del Observatorio Universitario de los Retos de Desarrollo Sostenible (ObsUn-RDS)" PR30/24 2024D435.

Imaginar, anticipar, crear

Cuando la narración construye alternativas

Víctor Alonso-Rocafort e Ignacio Martínez

Durante las clases que impartimos en la Universidad Complutense de Madrid entre los años 2023 y 2025 en materias tales como *Políticas sostenibles y transiciones ecológicas*, *Teoría y prácticas de las democracias y Gobernanza global*, fuimos proponiendo al estudiantado que elaborara un microrrelato ecotópico. Decidimos explorar un ejercicio práctico que nos permitiera, desde formatos no académicos, más artísticos y libres, trabajar sobre los contenidos teóricos que veíamos en las asignaturas. Los resultados nos dejaban cada vez más asombrados por la calidad literaria y política que tenían, algo que sucedía un curso tras otro.

Comenzamos así a pensar en un posible proyecto que nos permitiera publicar una pequeña selección de las valiosas narraciones depositadas como trabajos. La oportunidad vino de la mano del Observatorio UCM 2030 y la colaboración con Economistas sin Fronteras, capaces de proporcionar respectivamente la financiación necesaria y un soporte editorial para poder publicar la idea. Finalmente, todo cuadró cuando logramos una edición profesional y cuidada de la mano de Mejor, con un estudiantado que aceptó enseguida sumarse al proyecto.

Los relatos que componen el actual volumen no fueron fáciles de escoger. Decidimos no incluir los de contenido más abiertamente distópico, a pesar de que muchos de ellos tenían una indudable calidad literaria. También buscamos que hubiera determinadas líneas teóricas y un estilo que ofreciera a la publicación cierta unidad en su diversidad. Esto provocó que grandes relatos, algunos de ellos de gran originalidad e indudable vuelo literario, quedaran fuera de la compilación, pero al mismo tiempo permitió que podamos tener lo que creemos que es una publicación con identidad propia y un pulso narrativo inspirador, que ofrece al mismo tiempo placer en su lectura mientras anticipa, atrae, construye, aquellos futuros que tanto deseamos.

El llamado giro imaginativo en la teoría política contemporánea es la respuesta a la evidente carencia de fantasía demostrada ante las crisis centrales de nuestro tiempo. Atiende también a los aspectos más oscuros de la imaginación humana a la hora de convertir la naturaleza en recurso, de conformar enemigos o de construir imaginarios impermeables al cambio (Machin et al., 2026). Una esterilidad para pensar alternativas y unos imaginarios dominantes que, en el caso de la crisis ecosocial, han supuesto un vector imprescindible para comprender las derrotas acumuladas en las últimas décadas a la hora de frenar el calentamiento global, la destrucción de la biodiversidad, o la contaminación de suelos, océanos y aires del planeta, entre otros límites planetarios sobrepasados de tal manera que nuestro propio futuro inmediato como especie ahora mismo pende de un gran interrogante (Rockström, 2024).

Sabemos, por tanto, desde hace milenios del poder político de la imaginación. Podemos con ella convertir a quienes nos rodean en instrumentos u obstáculos para nuestros deseos omnipotentes (Kateb, 2002), pero también nuestra capacidad para fabular es la que nos puede ayudar a tratar de ponernos en los zapatos de otros/as, tanto humanos como más que humanos. La fantasía es capaz de inventar, disponer y formular proyectos de mejora de la comunidad política para que luego la palabra los comunique para traerlos al mundo común (Aristóteles, 1988).

El giro teórico que precisamos ha de buscar así la construcción de imaginarios transformadores (Castoriadis, 2013), una contracultura postcapitalista deseable (Fisher, 2024) y una imaginación empática hacia la alteridad desde una cultura y unas humanidades democráticas (Nussbaum, 2010), todo ello, ahora, desde la conciencia de la encrucijada en la que nos sitúa la crisis ecosocial. Los cambios que se reclaman son profundos, y lo son de diferente tipo: políticos, legales, tecnológicos, económicos, cognitivos y culturales. Habrán de darse además en un espacio de tiempo brevísimo, cada vez más angosto por la virulencia de los efectos del modo de vida capitalista e imperial (Brand, 2024), así como por la reacción de las cerrazones, miedos y negaciones más violentas que hoy toman forma en el regreso de los fascismos.

Así, en el aula hemos leído en los últimos cursos a Dipesh Chakrabarty (2021) sobre qué supone que el tiempo geológico y el histórico se den la mano en esta crisis. Hannah Arendt (1969) nos ha ayudado a pensar el tiempo desde un presente situado entre el pasado y el futuro, donde el pensamiento y la narración nos ayudaban a abrir vías inesperadas y más imaginativas a la política, a su comprensión y a la propia acción democrática. Como también escribiría María Zambrano (2019), nos posicionamos en el hoy, sosteniendo lo mejor de nuestro pasado, para avanzar a un futuro que no nos paralice con su vértigo, su vacío, su horror. Para salirnos del miedo y la (eco)ansiedad. Nos abrimos de esta manera a la contingencia desde la anticipación que ya propugnara Ernst Bloch (2007; véase también Granjou et al., 2017), olfateando lo que nos rodea, aquello que está ya latiendo en potencia y que solo necesita convocarse, nombrarse, para que aparezca plenamente como realidad vivida. Finalmente, con Marina Garcés (2017) nos rebelábamos contra la “condición póstuma y el no tiempo”, pensando el mundo desde los “universales recíprocos” y el pluriverso.

En los ejercicios de clase solicitábamos al estudiantado que se diera la libertad creativa de romper las normas estilísticas al uso en los ensayos académicos, es decir, que poetizaran haciendo uso libre de uno de los elementos del lenguaje más poderosos y políticos que tenemos, la metáfora, que saltaran de los límites de lo pensable y, al mismo tiempo, que dotaran de solidez teórica a lo narrado. Desde el estudio, se han convertido ya en especialistas de estas autoras, ideas y textos, sobre las que nos han enseñado mucho también a partir de sus hallazgos e interpretaciones novedosas. La experiencia del siglo XXI les recorre poderosamente, y así, cuando se les ofrece un formato de expresión para sacar saberes y talentos que tienen dentro, dan mucho más de lo esperado.

Hemos querido agrupar los relatos en capítulos, comenzando con una exploración tentativa de la ecotopía, allá donde casi no la creemos todavía posible, quizá solo como retiros parciales o deseo ensoñado, con el miedo de que aparezcan visiones de pesadilla, rozándose así con la también siempre latente distopía. Pero enseguida las narraciones se agrupan para contarnos de qué manera las cosas empezaron a cambiar, y lo hacen dejando que los ríos tomen voz, abrazando ese otro giro, el relacional, que las ciencias de sostenibilidad han marcado como camino de comprensión de una Gaia de la que formamos parte indisoluble, recuperando una magia que nunca debimos perder, la del cuidado recíproco y la comunicación más allá de lo humano.

El siguiente capítulo lo hemos denominado “custodias del cielo”, y aquí los relatos toman base en uno de los ejemplos que empleamos en el aula para defender cómo la ciencia política ha de afrontar nuevas preguntas y objetos de estudio hasta hace muy poco insospechados. De este ejemplo surge un problema perverso del Antropoceno poco conocido, pero crucial como caso de estudio, que pone en riesgo el mismo color del cielo (Alonso-Rocafor, 2024). Proteger el azul nos protege a nosotros/as, nos dicen los relatos seleccionados combinando lenguaje científico y literario en un ejemplo interdisciplinar de altura.

En el siguiente capítulo se imaginan modos diversos de habitar un 2050 que, como se escribe en uno de los textos, deja de ser cifra para convertirse “en raíz y horizonte”. Aparece también pensada en ese futuro-presente la propia Facultad de Ciencias Políticas y Sociología que nos acoge, así como toda la fuerza poética

de las clases populares rebelándose frente a la oligarquía, renovando con ello los lazos del pensamiento clásico de la democracia radical y los movimientos obreros con las luchas actuales en el plano ecosocial. Los cantos de los mirlos, las cartas desde el 2050, la democracia dando ritmo al respeto humilde a los límites planetarios y el suspiro aliviado de una Gaia que nos acoge, cierran el volumen, animándonos a caminar hacia los mejores y más realistas escenarios dibujados en estas páginas.

Como compiladores del presente volumen solo nos queda expresar nuestro profundo agradecimiento a un estudiantado que, tanto dentro como fuera de clase, nos provoca admiración y nos devuelve aprendizajes que hacemos nuestros también cada año. Estamos seguros de que si esta generación toma el protagonismo de los rumbos que necesitamos, estaremos en las mejores manos.

Referencias:

- Alonso-Rocafort, V. (2024). Why is the sky blue? A new question for political science. *Sustainability Science* 19: 1155–1167. <https://doi.org/10.1007/s11625-024-01479-5>
- Arendt, H. (1969). *Between past and future: Eight exercises in political thought*. The Viking Press.
- Aristóteles (1988). *Política*. Gredos.
- Brand, U. (2024). *Crisis del modo de vida imperial y transiciones ecosociales*. Los libros de la Catarata.
- Bloch, E. (2007). *El principio esperanza* (3 vols.). Trotta.
- Castoriadis, C. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad* (1975). Tusquets.
- Chakrabarty, D. (2021) La política del cambio climático es más que la política del capitalismo (2017), en: *Clima y capital. La vida bajo el Antropoceno*. Mimesis (pp. 124-140).
- Fisher, M. (2024). *Deseo postcapitalista. Las últimas clases*. Caja negra.
- Garcés, M. (2017). *Nueva ilustración radical*. Anagrama.
- Granjou C., Walker J., Salazar JF. (2017) The politics of anticipation: On knowing and governing environmental futures. *Futures* 92: 5-11. <https://doi.org/10.1016/j.futures.2017.05.007>
- Kateb, G. (2002). The Adequacy of the Western Canon. En: S. White y J. Moon (eds.), *What is Political Theory*. SAGE (pp. 30-53). <https://doi.org/10.4135/9781446215425.n3>
- Machin, A., Sachs Olsen, C., Death, C. et al. (2026) The turn to the imagination: transformation, politics and limits. *Contemporary Political Theory* 25: 31. <https://doi.org/10.1057/s41296-026-00796-x>
- Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz.
- Rockström, J. et al. (2024) Los límites justos y seguros del Sistema Tierra (2023). *LAGJS/Ensayos/DS: E0178*, pp. 1-15.
- Zambrano, M. (2019). *Persona y democracia* (1958). Alianza Editorial.



Explorando la ecotopía

El no lugar, el buen lugar

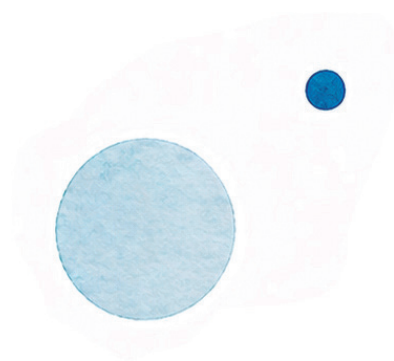
Sari Palomar

Me disponía a redactar este microrrelato utópico tal y como indicaba la tarea, pero, tras días intentando imaginar un posible escenario favorable en el 2050, me he dado cuenta de lo mucho que me cuesta proyectar pensamientos positivos hacia el futuro, incluso el simple hecho de imaginar. Esto me ha llevado a la siguiente pregunta: ¿cuándo fue la última vez que soñé con utopías?

Mi mente se remontó rápidamente a un momento muy concreto. Verano de 2019, tumbada sobre la hierba, descubriendo constelaciones con una amiga. La noche era tan clara que parecía que podías tocar las estrellas con la mano. Charlamos mucho esa noche, sobre el futuro, sobre nuestra capacidad de impacto y de cómo cambiaríamos las cosas, sobre lo vivas que nos sentíamos.

Creo que la pandemia supuso una ruptura en el imaginario de muchxs jóvenes que hasta día de hoy, no ha vuelto a ser igual. Me gustaría poder volver a imaginar utopías

y habitar el no lugar, que tanto se nos presenta como inalcanzable. No sé cuál será el escenario para el 2050, pero me gustaría imaginarme en ese no lugar, observando constelaciones con una buena amiga, sobre la hierba húmeda, charlando acerca de qué nos contarían las estrellas si pudieran hablar.



Nuestra comuna de amor disidente

Cris Jiménez

Vivo con B. De B me enamoré en apenas un mes y me di cuenta tarde. Pero ha vuelto. También vivo con M y S. Esta casa no es mía en realidad. Aquí no hay nada mío: todo es de todas.

B, M, S y yo nos queremos con un amor especial. No es mejor ni peor que el que tengo por mis amigas Ps. Solo es diferente. Jamás entenderé a la gente que es capaz de jerarquizar el amor. Aquí nadie entiende eso.

Vivimos en el bosque. Hay varias casitas y puedo entrar siempre a la que quiera. Hay mucha más gente de la que he mencionado. Somos vegetarianas. También hay niños. Todas ejercemos la maternidad. Estamos autogestionadas: nos cuidamos.

Cada una se dedica a algo distinto. Alguien cocina, alguien cuida de los niños, alguien cultiva en el jardín. Hay quienes van rotando en sus tareas, pero a mí me gusta hacer siempre lo mismo.

Tenemos mucho tiempo libre y lo aprovechamos para crear. Yo amo escribir. M pinta, B hace teatro con los niños y S compone música. Una de las Ps también escribe y a la otra le gusta hacer ramos de flores que ponemos en las casas a modo de decoración.

Creo que lejos siguen existiendo ciudades. Para mí y todas las que viven en este tipo de comunas, ya instauradas a lo largo del planeta, son ya lugares no habitables.

Esta es nuestra pequeña huida del capitalismo. Hemos inventado economías de sustento. Somos okupas de la naturaleza autogestionadas. Aquí no llegan los Estados ni la política ni los bancos.

No nos hacen falta.

El amor y los cuidados todo lo pueden.

Cuando tú nazcas ojalá puedas ver el sol
si aún existe el mar tan azul como duerme hoy
y que la lluvia
salte pura sobre tu piel [...]

Ojalá que puedas conocer
los veranos que he vivido yo
esos libros viejos que guardé
pensando en ti hijo mío
que los bosques sigan donde están
que aún exista el dulce olor a pan
ojalá que quede para ti un mundo como el mío.»

Cuando tú nazcas, Mocedades (1983)

Cuando tú nazcas

Ander Villacián
Crespo

Se te cuelan los granos de arena entre los dedos y tus tres años miran al mar por primera vez. Te veo saludar la playa como si conocieras al mar desde hace mucho. Te cojo de la mano y te digo que en esta playa di yo mis primeros pasos, que aquí pasé los veranos entre tumbonas y rajás de sandía con unos abuelos que no conocerás. Supongo que lo que quiero decir es que hemos llegado hasta aquí contra todo pronóstico. Tú vivirás en el mundo de los consejos climáticos de barrio, el de las huertas en los tejados y cuidados colectivos de nuestros parques y bosques.

Te enseño el mar, la espuma, las rocas, como parte de un mundo nuevo. Este mundo al que todavía no nos acostumbramos es el que no echa en falta los combustibles fósiles, el que se despidió de los negacionistas en el poder y de las multinacionales que nos recortaban la vida. Miras al mar y siento el alivio de quien se había despedido demasiado pronto de la belleza. Miras al mar y entiendo por qué hicimos todo aquello: las asambleas, las manifestaciones y la acción directa de los que pusieron su cuerpo para que tú toques hoy el frío de una ola.

Miras al mar porque hubo quien dijo “basta”, quien se sentó en las plazas, en las facultades, delante de los consejos de administración y pensó cómo iba a ser este mundo nuevo. Hubo quien dijo que no se podría hacer nada sin escuchar a aquellos que se iban a quedar sin isla, sin jardín, sin pueblo. Hubo quien soñó con este mundo, quien educó, quien paró las inercias aprendidas y quien cortó los beneficios económicos para que en su lugar creciera los niños.

Queda todavía todo por hacer, todo por pensar, todo por cuidar. Pero aún estamos a tiempo de creer en el mar.

31°46'35"N 35°14'01"E

Selene Sánchez Muñoz

La mujer introduce sus dedos en uno de los cráteres de impacto que dejaron las balas y, como si de pinzas se tratasen, pudo extraer un papel amarillento que había permanecido protegido por años en aquel muro. Entre miles de notas, una súplica: “¿Sigues ahí? ¿Nos oyas?”.

Jerusalén era una tierra hostil, ya pocas quedaban que no lo fueran. La imagen que años atrás caracterizaba lugares recónditos como los Templos de Angkor en Camboya se había vuelto la norma. Los monzones y las sacudidas del clima embestían ya diversos puntos del planeta, y los núcleos urbanos no corrían más suerte que la jungla camboyana.

La mujer mira hacia arriba, vislumbrando la Cúpula Dorada que brilla en lo más alto de la ciudad. Si encuadra bien esa imagen, pareciera que nada ha cambiado, pero ya no hay susurros ni lágrimas a los pies del muro, la plaza ya no alberga visitantes, al menos humanos.

Tras abandonar la escena, recorrió el Barrio Judío, pero sus calles ya no olían a especias. Los hierbajos recubrían con ansia las piedras bajo sus pies, y en la primera plaza los árboles conquistaban lo que encontraban a su paso, rodeándolo todo. La naturaleza se imponía, tomando lo que un día fue suyo y apoderándose de los restos de construcciones humanas. “Sabíamos que esto pasaría...”, susurró la mujer. “Y no hicimos nada”, replicó. Detrás de ella, una voz: “no temas, no se ha desmoronado el mundo, solo la civilización que lo amenazó.”

La visión

Irene Bariego Fernández

Los campos llenos de flores entre árboles que se estiran hacia el cielo y de los que mi abuela solía colgar una hamaca ya no son visibles a la vista. Hace tiempo que las puntas de las espigas se esconden bajo la gran masa de agua que abraza sus finos y primaverales cuerpos. El sol se esfuerza en hacer desaparecer este océano invencible, o al menos esa es la razón que encuentro en que sus rayos cada vez hagan menos habitables los espacios donde los niños jugaban, donde los abuelos hablaban, donde los jóvenes reían. Las abrasadoras temperaturas han conseguido que tengamos miedo de ir a visitar la casa donde nacimos. De hecho, seguramente a estas alturas solo haya ruinas de las paredes entre las que di aquellos besos, escribí mis más dulces versos, lloré todos mis dolores. Donde me llené de primeras veces.

Ahora, entre plásticos abandonados, metales oxidados e insectos que aprovechan el hábitat lejos de los dañinos humanos, los recuerdos solo quedan en esta pequeña cabeza que ya no tiene memoria. La luz reflejada en las hojas de los abedules que crecían abrazando el caudal del río ya solo se puede admirar en el montón de fotos

olvidadas de esos cajones viejos. Llena de oscuridad, impotente y sin pulsión de vida, poco queda ya de lo que una vez fui, forzada a estar en un lugar que no reconoce a nadie y que devuelve la maldad que la humanidad ha ejercido sobre él.

- ¡Abre los ojos! Ya está la comida, aléjate de la ventana.

Así fue, abrí los ojos. Llevaba días sin dormir a causa de mi preocupación eterna por las oportunidades perdidas y los caminos a los que se han tenido que renunciar. Dicha desazón había conseguido que entrase en un trance, el cual me había vuelto a jugar una mala pasada. Una vez más, di las gracias por haber sido bendecida con el don de ver los futuros posibles, perdidos al final en el eterno porvenir. Di las gracias por poder ser la que mira, cuando cierra los ojos, a la cruda realidad que viviríamos si no hubiéramos dado todos los pasos que nos han traído hasta hoy, aquí, en este planeta sano que sigue abrazándonos como nosotros a él.





Cuando las cosas
empezaron a cambiar

El Río

Yo soy un río. Voy bajando por las rocas anchas, por la piedra viva. Veo a los altos árboles frondosos, soplan y el vaivén del viento me lleva. A veces con fuerza, a veces liviano, sigo bajando. Los niños ríen, las mujeres se bañan, lavan sus ropas y cantan. A veces también lloran, pero yo acallo los llantos, me llevo las penas. Me deslizo con gracia por los valles fértiles, doy de beber miles de veces al ganado, y a las gentes.

Yo soy un río. Bajo feroz, bajo violento. Los vientos me empujan, me gritan. Busco a los árboles, pero no están. Busco a los niños, pero se han ido. Me desbordo y chilló, me desbordo y ruego. No hay campos, no hay pueblos. Bajo con furia, bajo herido.

Yo soy un río... yo era un río.

En dos mil veinticinco apenas respiro; siento ardor, dicen que es el sol. Los animales huyen, los peces están muertos. Las montañas son áridas; yo estoy seco, mi cauce está vacío. Soy lodo, soy cieno, soy silencio.

Pero entonces llegan ellos. Traen semillas, me devuelven a los árboles, me cubren de sombra. Aún soy lento, pero voy bajando. Bajo por el sendero, me guía el viento. Pasan días, pasan semanas, llegan las flores y luego las heladas. Y un día, desde muy hondo, algo dentro de mí se mueve; son aleteos, son los peces. Los creía perdidos, pero han vuelto. Vuelven los niños, tocan mis aguas. Las mujeres se acercan y se bañan. Beben las gentes, beben sin miedo; ahora estoy limpio, estoy vivo.

Yo Río.

Vuelvo a ser Río.

Nicole Fernández Berrío

Y un día las cosas empezaron a cambiar

José Borrego Sevillano

Las personas, exhaustas por los efectos de un cambio climático originado por la acción humana, empezaron a tomar conciencia de que había que detener la tecnología de modificación de la radiación solar, de lo contrario la especie humana y el planeta que habitaban serían un vago recuerdo del pasado.

Con tesón y determinación, hombres, mujeres, niños y mayores, de todos los rincones del planeta, se pusieron manos a la obra para recuperar lo que antaño fue Gaia, tratando de devolverle el equilibrio sistémico al que la acción humana, alentada por el mantra del crecentismo, puso fin.

Y, de repente... el milagro ocurrió. En lo más alto de la colina de una pequeña ciudad industrial, un pequeño alzó la mirada al cielo y pudo contemplar la noche estrellada. Al momento, vio pasar un cometa y pidió un deseo: que Gaia volviera a ser el planeta de todas las especies y no de una sola.

Mirando atrás: 2047

Iván Castro Gestoso

Pero un día las cosas empezaron a cambiar.

Al principio, fueron apenas señales: el mar, más bravo; los bosques, más silenciosos; los animales, menos afables. En algunos círculos, se empezó a hablar de Gaia como un organismo vivo, como una madre que respondía a los excesos de sus hijos. Era el año 2047, y al mirar atrás resultaba evidente que la Tierra había estado enviando señales desde hacía décadas, solo que nadie había querido verlas.

Las crisis ecosociales de los años anteriores marcaron el despertar. Las sequías extremas, las migraciones forzadas, las enfermedades desconocidas: cada golpe había sido un recordatorio de que la humanidad debía transformarse o desaparecer. La teoría Gaia, esa idea de un planeta vivo que se regula a sí mismo, dejó de ser solo una hipótesis. En las aulas y en los casas, surgió una conciencia distinta, donde conceptos como economía regenerativa, justicia ecológica y coexistencia reemplazaron el modelo agotado de explotación y consumo sin parar.

Los habitantes de aquel 2047 entendieron que ya no se trataba de “salvar el planeta” como si fuera un ente separado. La transformación debía comenzar en cada acto cotidiano y en cada estructura social, para restaurar la conexión entre humanos y naturaleza. Por primera vez, el horizonte incierto ofrecía algo más que miedo: era una promesa de cambio, un futuro donde, finalmente, todos seríamos parte de Gaia.

El día que Natalia descubrió la contaminación

Eva Martínez Casado

Natalia cumplirá 8 años el 16 de agosto de 2050. Queda menos de un mes. Además de los regalos, hay una cosa que le hace especial ilusión el día de su celebración: sacar del cajón de la habitación de sus padres sus móviles antiguos para revisar las fotografías de cuando eran jóvenes. Los móviles de antes no tenían pantallas holográficas ni podían adherirse al cuerpo, pero a Natalia le gustaban más. Sus padres viven en un pueblecito del norte, pero se conocieron en Madrid. Allí tenían cientos y cientos de fotos, tanto de ellos como de diferentes paisajes. Al ver que en estas últimas aparecía una especie de nube gris horizontal en el fondo, Natalia preguntó extrañada a su madre qué era aquella cosa. “Eso era la contaminación”, contestó. Mamá le explicó que la contaminación dañaba a la naturaleza, a los cielos y a los mares. Cuando mamá y papá eran jóvenes

la magia estaba oculta. “¿Quién creó la contaminación?”, preguntó la niña. “Pues fuimos los seres humanos, cariño”.

Natalia no podía comprender aquello. ¿Por qué querrían las personas hacer daño a los animales y a los árboles? A ella le han explicado en el cole que las plantas son las encargadas de darnos oxígeno. ¿Quién le robó la magia a sus papás? Nada de esto le entra en la cabeza.

Así pues, pidió para su cumpleaños un libro en el que le explicaran este embrollo. A la altura de septiembre ya lo había terminado. Empezó el curso y le explicó a su mejor amiga, Jimena, todo lo que había aprendido: “nosotras podemos hablar con las flores y entendemos a los ríos, sabemos cuándo gimen y cuándo lloran, pero tu mamá y la mía no pudieron hacer eso hasta el 2035. Este es un año súúúúper importante, porque

muchos señores que estudiaron una cosa que se llama ‘democracia’ se reunieron para echar de la política a otra gente que era mala y que hacía que el cielo estuviera gris”.

Jimena, atónita, no daba crédito a las palabras que salían de la boca de su amiga. Ella sabía que su mamá tardó mucho tiempo en aprender a hablar con los corzos, con las lechuzas y con las setas, porque cada persona estaba dotada de un lenguaje diferente y no todas podían comunicarse con las mismas palabras, que sí, eran mágicas. Entonces le preguntó a Natalia por qué había gente mala en la política. En el colegio les han explicado que la política es una forma de cuidar a los ciudadanos y al medioambiente, y cuando sean mayores, todas entrarán en una asamblea en función del sitio en el que vivan.

Natalia, que aprendió un montón de cosas en el libro que le regalaron, supo responderle: “es que claro, antiguamente, la política solo era cosa de unos pocos que tomaban las decisiones por su cuenta y les importaba más el dinero, por eso no tenían ni una pizquita de magia. Pero a partir de 2035, tus papás y los míos y toda la gente del país tuvo mucho valor y salió a la calle y empezó una cosa que se llama *Transición ecofeminista*. Bueno... La verdad es que esto es un pelín complicado y yo no lo he entendido muy bien... Pero mamá me ha dicho que en unos años comprenderemos todo”.

De este modo, Natalia y Jimena, criadas en la era de la biotecnología postecologista y feminista, descubrieron que la gente no siempre respiró aire puro y que la democracia no siempre fue fuerte y radical.

Natalia cumplirá 18 años el 16 de agosto de 2060. Entonces se afiliará al partido de sus padres, el cual erigió la lucha por la Revolución de 2035 y caerá en la cuenta de quién es la mujer que aparece retratada en el marco del salón, con el pelo corto, jen blanco y negro! y fumándose un cigarrillo de los de antes.





Custodias del cielo

Bajo el cielo que aprendimos a cuidar

Alicia Bichat

Raspo la tierra con las uñas, bajo un cielo que ya no tiene agujeros de bala. Fue hace diez años: las últimas bombas unieron los continentes en un solo bloque, Pangea Nova, rodeado por el Mare Demos, el único mar nacido de los cráteres. Yo, Aurore, superviviente del humo, se lo cuento a los círculos de piedra porque nadie más lo hará.

Nos encontramos en el centro de esa tierra, sin reyes ni máquinas. Cada mañana elegimos las voces del día: no son jefes, sino personas a las que podemos parar si sus palabras huelen a mentira. Descalzos en el polvo, hablamos en círculo, y si el viento sopla demasiado fuerte, esperamos. La naturaleza decide, no nosotros. Cada objeción cuenta; unimos los desacuerdos hasta que forman una red firme.

A veces miramos hacia arriba y recordamos que faltó muy poco para que el cielo dejara de ser azul, para que la atmósfera, dañada por nuestras manos, se volviera blanca o verde. Lo conservamos azul porque aprendimos, tarde pero a tiempo, que también dependía de nosotros.

Las decisiones nacen del suelo: las hablamos despacio, las grabamos en arcilla y las dejamos secar al sol. Mujeres que llegan del mar, manos que reparan lo que queda, niños que preguntan sin miedo: todos cuentan.

Ayer, frente a la tormenta que lamía el Mare, nuestras redes aguantaron. No por fuerza bruta, sino porque sabíamos a quién llamar, qué compartir. No es un retorno, es un comienzo. Y yo sigo rascando la tierra, para que crezca.

Cuando el cielo dejó de ser azul

Thaïs Pellerin Le Galo

Cuando, hace unos 20 años, los seres humanos observamos el cielo verde por primera vez, ocurrió lo que por aquel entonces nadie esperaba pero muchos deseábamos: colectivamente, nos dimos cuenta de la urgencia de resolver la crisis ecosocial. Recuerdo aún esas pequeñas zonas de un verde muy intuitivo, pero sin duda verde, de un cielo apocalíptico que, por algún motivo, nos llevó a cruzar ese punto de inflexión social que el gris que rodeaba las ciudades nunca logró. Tal vez porque el verde, color de la naturaleza, no pertenecía precisamente al lugar dónde se encontraba la fuente de toda vida.

Todo sucedió muy rápido: en apenas unos años nuestra incapacidad de decrecer disparó vertiginosamente aquella desoxigenación oceánica tan temida por los científicos. Las zonas hipóxicas, en las que ya se había detectado una peligrosa producción de sulfuro de hidrógeno, se multiplicaron

a una velocidad que superó con creces los índices predictivos. Y entonces, actuamos. Contra la irreversibilidad de las acciones precedentes que nos habían llevado hasta el verde, usamos el único remedio, sin duda arendtiano, que nos quedaba: el perdón. Así, en un acto de solidaridad con aquellos que nos rodeaban y con nuestros futuros, deshicimos las acciones del pasado y nos concedimos la capacidad de actuar.

De pronto, la acumulación dejó de ser la meta para ser la preservación, no del medio ambiente, pues muy bien se hubiera adaptado sin nosotros, sino de la pluralidad, del pensamiento, de la felicidad... en definitiva, de la vida humana. Porque, cuando vimos el verde, lo único que nos quedaba era la humanidad. Tal vez por eso sea el color de la esperanza. No sé, no recuerdo si significaba lo mismo antes de aquel día.

Cuando volvió el azul

Paula Sánchez Moreno

Durante años, el cielo fue blanco. No el blanco de las nubes, sino un velo turbio, pálido, sin alma. El IPCC había advertido de que no actuar era condenar a Gaia al colapso. Pero cuando los centros de poder optaron por la geoingeniería solar, creyendo que lanzar partículas a la estratósfera resolvería la fiebre de la Tierra, olvidaron que también cambiarían su rostro.

Vivimos décadas bajo ese cielo sin color, con sequías que partían la tierra y lluvias que barrían ciudades. Pero resistimos.

Las comunidades humanas dejaron de ser el centro. Escuchamos a los bosques, a los ríos, a las bacterias que aún respiraban en los mares ácidos. Nos reconfiguramos políticamente: el Río Atrato tuvo voz en la asamblea, al igual que los corales moribundos y los líquenes del Ártico. En las escuelas se aprendía a leer el lenguaje del musgo. Antes de levantar un puente, se pedía permiso al suelo. Una inteligencia artificial, entrenada en ecología simbiótica, traducía las señales químicas de los líquenes y hablaba por ellos en voz baja pero firme.

Aprendimos, como dijo Isabelle Stengers, que Gaia no es madre ni máquina: es compañera que reacciona.

En 2040 detuvimos las inyecciones a la estratosfera. Habíamos reducido la quema de combustibles fósiles a la mitad, como exigía el informe de 2023. La Tierra, herida, comenzó a respirar. Las cianobacterias — esas alquimistas prehistóricas — regresaron por trillones. Las lluvias lavaron el polvo de los cielos. El aire olía distinto, como a salvia, como a piedra recién bañada. Y un día alguien gritó: “¡Es azul!”

El azul volvió primero tímido, como un recuerdo. Luego estalló. No solo lo vimos: lo oímos como a cielo limpio, lo sentimos en la piel como fresca olvidada. Fue un sabor nuevo en la boca, el de la vida renovándose.

Entonces entendimos que resistir no era conquistar, sino renunciar. Que no salvamos al planeta sino que nos dejamos transformar por él. Que no éramos los protagonistas de la historia, sino apenas una hebra en la red tejida por bacterias, hongos, raíces... y luz.

Dejamos atrás el Antropoceno y abrazamos el Chthuluceno. Y así el azul volvió. Porque Gaia, cuando se le escucha, perdona.

El azul silencioso

Suzanne Marguerite Prune

La niña preguntó por qué el cielo era azul y nadie se rio.

Eso fue lo primero que noté: el silencio. No un silencio incómodo, sino uno de esos que se forman cuando nadie quiere estropear algo. Yo estaba sentado en el banco de la plaza, con las manos aún manchadas de tierra porque llevábamos toda la mañana removiendo el suelo. Decíamos *huerto común*, aunque en realidad era más bien un intento compartido, lleno de errores y plantas torcidas.

—¿Por qué es azul? —repitió ella, como si el cielo pudiera desaparecer si no obtenía respuesta.

Antes, esa pregunta traía consigo discusiones largas, palabras técnicas, culpas repartidas. Traía miedo. Ahora solo trajo miradas que subieron despacio, como si el cuello también necesitara permiso para moverse.

—Es azul porque funciona —dijo al fin alguien, una mujer mayor que había llegado al barrio cuando todavía olía a gasolina.

La niña frunció el ceño, pero no protestó. Aceptó la respuesta como se aceptan las cosas verdaderas aunque no se entiendan del todo.

Hubo un tiempo —no tan lejano— en que creímos que el cielo era un dato, algo garantizado. Cuando empezó a cambiar de color, reaccionamos como quien ve enfermar a otro sin reconocer su parentesco. Buscamos soluciones rápidas, limpias en apariencia: máquinas, proyectos enormes, promesas de control. Queríamos arreglarlo todo sin tocarnos demasiado a nosotros.

Luego vino el cansancio. Y con él, una forma distinta de pensar.

Cambió la manera de decidir. Las asambleas se volvieron más pequeñas y más largas.

Se hablaba menos de crecimiento y más de límites, no como castigo, sino como cuidado. Aprendimos que hay cosas que no se fuerzan sin consecuencias. Que intervenir es siempre entrar en una relación, nunca actuar desde fuera.

Dejamos de decir *la naturaleza* como si fuera un escenario. Empezamos a decir esto, señalando el suelo agrietado, el aire espeso, los cuerpos agotados. Descubrimos que sabíamos escuchar, aunque nadie nos lo hubiera enseñado.

La niña volvió a mirar el cielo. El azul no era uniforme. Tenía zonas pálidas, otras más densas, como si estuviera hecho de muchas decisiones superpuestas. Pensé que se parecía bastante a nosotros.

—¿Siempre fue así? —preguntó.

Nadie respondió enseguida. Porque la verdad era complicada.

—No —dije al fin—. Pero aprendimos a no estropearlo tanto.

Ella sonrió, satisfecha, y volvió a correr hacia los demás. Yo me quedé un rato más en el banco, mirando cómo la tarde avanzaba sin prisa. Pensé que resistir no había sido aguantarlo todo ni salvar el mundo, como

decían antes. Había sido algo más modesto y difícil: aprender a parar, aceptar que no mandábamos solos, y quedarnos en la conversación.

El cielo siguió ahí. Nosotros también. Con eso, por ahora, bastaba.





Imaginar el futuro para
construir el presente

El latido del colapso

Roxolana Huch
Matviyiva

¿Y si para alcanzar una utopía, primero haya que atravesar una distopía? ¿Y si para alcanzar un mundo idílico, primero haya que destruir por completo el actual?

26 años. 312 meses. 9.360 días. Parece que 2050 no nos queda tan lejos.

Fueron 26 años precisamente los que transcurrieron en Francia entre una de sus mayores hazañas, su gran Revolución de 1789, y la caída de Napoleón Bonaparte en Waterloo, en 1815. Tan solo hubo 26 años entre la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, y la derrota de un emperador cuyas aspiraciones territoriales se hicieron con una parte sustancial de Europa.

Fueron 26 años precisamente los que transcurrieron entre el comienzo de la Primera Guerra Mundial de 1914, y la Segunda, de 1939. Tan solo 26 años para vivir una de las mayores atrocidades jamás perpetradas e incluso para repetirla una segunda vez.

¿A qué nos van a llevar en 26 años todos los procesos reaccionarios, la exacerbada mercantilización, el debilitamiento de las democracias o la poca preocupación por lo medioambiental? ¿Acaso sería tan improbable que se diera un colapso del sistema? ¿Pudiera ser incluso necesario ese colapso para poder reconstruir todo desde las raíces?

La danza de los líquenes

Pablo Caro Duro

Año 2050. El aire aún guarda el sabor metálico de las tormentas antiguas, pero ahora respiramos sin máscaras. En las grietas de las ciudades abandonadas, los líquenes — esos *gaia* microscópicos que Lynn Margulis celebró— tejen su red violeta sobre el hormigón. Son los primeros arquitectos de lo nuevo.

Nos llamaban *los obstinados*. Cuando el colapso llegó, sembramos bosques en azoteas y convertimos las autopistas en ríos. Aprendimos que la resiliencia no era una metáfora: era la simbiosis obligada. Los últimos petroleros se hundieron como cetáceos muertos y sus restos los colonizaron algas modificadas, cianobacterias que devoraban el plástico y excretaban oxígeno. La Tierra, como predijo Bruno Latour, ya no era un escenario, sino un actor que negociaba con nosotros.

En las noches, alrededor de fogatas solares, los niños escuchan el relato de La Gran Negociación. Cómo dejamos de ser *homo sapiens* para convertirnos en *homo symbioticus*. Cómo los últimos gobiernos

firmaron tratados con los bosques, otorgándoles derechos legales. Cómo los lobos regresaron a Europa, no por nostalgia, sino porque los ecosistemas los reclamaban como ingenieros.

Alba mira el horizonte donde antes había refinerías. Ahora se alzan torres de humedad, estructuras porosas que atrapan niebla y dialogan con los vientos. Son nuestra herencia: ni triunfo ni derrota, solo coevolución.

“Bailamos con lo que nos quiso devorar”, susurra. Y es cierto. Sobrevivimos no por dominar, sino por aprender a ceder.

Cuando el mundo recuperó su humanidad

Emma Sofia Lombardi Burgos

En el año 2050, la urgencia ya no era solo palabra ni cifra, se volvió raíz y horizonte. La humanidad, tras entender el fin de las revoluciones clásicas, se rindió ante la necesidad de la inmediatez. Las viejas discusiones sobre capital y mercado, que durante siglos parecieron ineludibles, se disolvieron como mitos bajo un nuevo tiempo geológico compartido.

Ahora la democracia no se votaba, se cultivaba. Era una “fantasía democrática desarrollada”, en la que la planificación era colectiva y no jerárquica, donde la voz de las generaciones pasadas y futuras se entrelazaban en asambleas abiertas. La mitad intacta del planeta estaba restaurada

por la imaginación disruptiva que crecía sin fronteras humanas. El mundo se convirtió en un territorio de simbiosis y cohabitación con lo más que humano, una reserva viva para la invención continua de futuros posibles.

Cada pequeña victoria era celebrada. La adaptación y la mitigación ya no eran “políticas” vacías, sino cotidianeidad; la ciencia anticipatoria no predecía, sino que acompañaba en la incertidumbre. Nadie temía el eco de lo inesperado, la gente entrelazaba sus sentires en un tejido común. El goce de lo colectivo reemplazó al robo neoliberal de la felicidad prometida, porque aquí nadie necesitaba soñar en solitario. El futuro, por fin, era una obra común.

Abril de 2050

Iván Hernández Anegón

Madrid se veía increíble en la distancia. No regresaba a la ciudad desde antes de la revolución y, como viajábamos desde el norte, decidimos hacer una parada para visitar mi antigua facultad, que lucía ahora como un gran jardín vertical.

—Papá, ¡mira cuántas abejas!

—Creo recordar que son abejas silvestres. No pican, solo polinizan.

Las abejas habían realizado su labor con maestría, y las flores y sus colores poblaban los campos aledaños. Y es que la primavera, que este año por fin parecía regalar un esperanzador clima “primaveral”, empezaba a dar sus frutos.

Ví también que los chavales seguían divirtiéndose alrededor de un altavoz, y una pancarta proclamaba: SANGRIADA POR UNA PRIMAVERA ECOLÓGICA. Al parecer, hay cosas que ni la revolución cambia, y eso, en cierto modo, también es reconfortante.

Mis hijos me llamaron para que apreciase el paisaje, sorprendidos ante las imponentes *big four* de Madrid, que se habían convertido en magníficos centros culturales cooperativos, repletos de salas de cine,

bibliotecas, espacios comunes y salones musicales. Me percaté de que ese paisaje, que años atrás se perdía en una neblina marrón, ahora se mostraba en un límpido azul distante: Madrid se veía increíble en la distancia.

Cuando volvió a soplar el viento

Valentina Molina Briseño

En el año 2050 la ciudad respiraba. No, no era una metáfora. Los cielos grises se habían ido, el aire volvía a deslizarse sin quemar los pulmones. Habían pasado veinte años desde las revueltas del agua, cuando la clase trabajadora —los últimos en tener nada, los primeros en perderlo todo— tomó las plantas desalinizadoras y rompió los cercos que defendían las zonas verdes exclusivas de los capitalistas.

Marieta recordó que, cuando apenas era una niña, su madre la llevó a ocupar uno de los antiguos centros logísticos abandonados. Recordó las noches del hambre, cuando se repartían el pan como quien divide un milagro, y las asambleas a la luz de linternas solares robadas al desecho. Recordó a su madre con las manos callosas: si no nos cuidan, cuidémonos. Si no nos salvan, sembrémonos.

Y se sembraron.

En ruinas de supermercados brotaron tomates. En techos olvidados, gallinas y libros. La clase trabajadora, tantas veces negada, tejió su futuro con retos de un mundo que quiso enterrarla. Resistieron. Reclamaron el agua privatizada, las semillas cautivas, el cielo enrejado.

Los ricos huyeron a sus cúpulas limpias y lejanas. Allí arriba les sobraba plástico y les faltaba espíritu. Aquí abajo, bajo un sol menos cruel, Marieta enseña a sus hijos a leer las estaciones y a agradecer cada brote bajo el lema de la revolución: *Trabajar menos, trabajar todas, producir lo necesario.*

Cuando el viento cruzó la plaza por primera vez, todos salieron a recibirlo. No como a un Dios, sino como a un compañero que vuelve del exilio, portando la promesa de que, pese a todo, supimos quedarnos. Y vivir.





Los mirlos

Nahuel Chali Ares

Otra vez me volvieron a despertar los mirlos. Es la segunda vez que me dejo la ventana abierta esta semana, permitiendo que el calor de junio invada la habitación. El perro jadea, y al levantarme, el sudor empapa el edredón que heredé de mi padre.

De camino a servirle la comida a Kalén, me invaden los recuerdos de las historias de mi padre. Ya hace 15 años que murió por una enfermedad respiratoria muy común en su generación. La exposición continuada a los gases contaminantes del pasado acabó cobrándose millones de vidas, entre ellas la suya. Kalén me mira entusiasmado mientras vuelco su comida en el cazo. Sonrío y le acaricio el lomo antes de prepararme el café. No es la primera vez que el amargor del café se junta con el salado de mis lágrimas. ¿De verdad el mundo necesitó cobrarse millones de vidas para cambiar? Mi padre no lo merecía.

El gimoteo de Kalén reclamando su paseo me saca de mi cabeza. La sombra de los imponentes árboles de Moratalaz nos refugia del calor. Mientras Kalén corretea detrás de algún conejo, mi mente vuelve a escaparse. ¿Cómo viviría la gente antes? Recuerdo a mi padre hablar sobre motores

de combustión y objetos de plástico. Me resulta irónico pensar que, a pesar de no guardar ningún recuerdo sobre el plástico, mi cuerpo aún sigue depurándolo.

Volviendo a casa, observo cerca de mi ventana la familia de mirlos que me despertó. Su canto es la banda sonora del barrio. Vuelven a mi cabeza los motores de combustión que odiaba mi padre, ¿cómo sería su sonido? Seguro que peor que el de los mirlos

Carta desde Madrid, 2050

Margaux Bellangeon

Madrid, España

5 de diciembre de 2050

Hola, mi querida Lara:

No te imaginas la ilusión que me hace que quieras volver a Madrid. La ciudad ha cambiado tanto desde aquel verano de 2025... Sigue sin ser como tu casa en la montaña, pero ya no se queda muy atrás. Ahora te sorprendería lo puro que es el aire, incluso en el centro. Además, hay menos coches y casi no quedan esas plazas de aparcamiento que ocupaban toda la acera. En su lugar crearon espacios peatonales más amplios y zonas verdes, así que podremos ir en bici como tanto disfrutábamos; ahora hay carriles por todas partes.

Pero lo mejor es el cambio que ha provocado en la gente. La crisis ecosocial nos hizo comprender que solo iba a ser posible sobrevivir si cuidábamos y cultivábamos la amistad política, esa confianza que evita que el conflicto se vuelva violencia. Y ahora se siente otra energía, más humilde y abierta.

Avísame para que pueda organizarme, que ahora formo parte del consejo elegido por sorteo. Funciona mejor de lo que parece, ya que todos podemos representar y sentirnos representados. Este mes llevo las propuestas del barrio a la asamblea. Si vienes un fin de semana, podrás asistir al encuentro semanal. Mola mucho porque comemos, hablamos, los peques juegan... y cualquiera puede expresarse sin miedo.

Te sorprenderá ver que los antiguos oligarcas ya casi no tienen influencia. La riqueza dejó de representar poder. Aquí, la autoridad nace de la escucha y de compartir experiencias. Deliberamos con palabras que buscan comprender, no vencer.

Deseando volver a verte y compartir contigo la ciudad.

Un abrazo,

Margaux

Primero de enero

Luis Gabriel Falcón Cordara

Se encontraba sentado en un banco ya en la profundidad de la madrugada, y el sentimiento de nostalgia que trae consigo el Año Nuevo se veía enaltecido por aquel paisaje nocturno plácido que era su entorno, un paisaje que contemplaba desde dentro, no únicamente como observador sino también como partícipe de este.

En lo que sería el comienzo de la segunda mitad del siglo, la idea de un futuro prometedor no recaía en la idea del cambio, sino en conservar aquel presente que de forma disruptiva había dejado atrás un panorama desolador, egoísta y destructivo. En el cielo, junto a las constelaciones que ahora se dejaban ver sin tanta contaminación lumínica que las cubriera, se observaban aún algunos

destellos que emitían las linternas flotantes biodegradables que había montado en el taller comunitario al que acudía todas las semanas. Pensaba en cómo estas estaban conformadas por materiales que se almacenaban en la biblioteca de objetos y en cómo no eran más que el reflejo del tejido social que lo rodeaba.

Con las primeras pinceladas del crepúsculo haciéndose hueco, prometiendo la llegada del amanecer, hicieron silencio los búhos y otras aves nocturnas que desde hace unas décadas vivían conformes dentro del horizonte urbano. Y fue en esa quietud, casi muda, donde apreció el sonido de la brisa hibernal, pues parecía el suspiro de Gaia respirando —por primera vez en mucho tiempo— de manera tranquila.

La crisis no se “supera”, se metaboliza colectivamente

Marta Peyrona de Cristóbal

El mundo había cambiado, pero no como temíamos. Tras dos décadas de la catástrofe de los años treinta, donde las ciudades se desvanecieron en humo, los pocos que quedamos aprendimos a escuchar. Cuando los bancos se ahogaron en su propia ficción y los Estados colapsaron como diques podridos, descubrimos que no había ecología sin justicia, que no se podía sanar la tierra sin enterrar el capital.

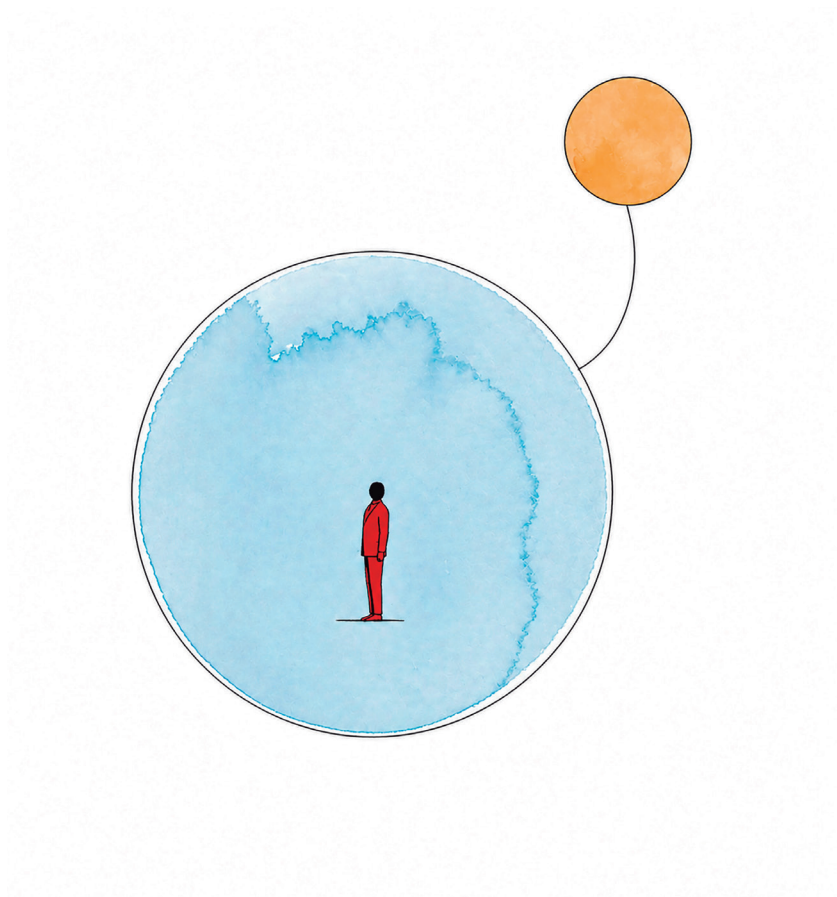
En la Sierra, donde el aire aún sabe a pino y el musgo reconquista el asfalto, celebramos las asambleas bajo un roble centenario. No había pantallas ni algoritmos, solo rostros y manos callosas. Las decisiones se tomaban con paciencia, como el agua que talla la piedra, siendo la democracia no mero voto, sino un ritmo. Los niños dibujaban en la tierra los límites planetarios que ya no cruzábamos. Los mapas ya no trazaban

fronteras, sino flujos de agua compartida y semillas libres, redes que el capital no podía cercar.

El Antropoceno fue la fiebre; esto es el sudor que lo cura. Cultivábamos huertos comunitarios y desmontábamos las viejas fábricas para construir refugios con sus esqueletos, devolviéndoles el nombre que el agronegocio les robó: *suelo vivo*, no *recurso*. La energía venía del sol y del viento, pero sobre todo de la colectividad que supo transgredir los límites del individualismo tardocapitalista.

El sistema era el enemigo de la trama de la vida. Resistir es dejar de ser conquistadores. Volver a ser parte. Y en eso, al fin, éramos libres.





22 microrrelatos
sobre un mundo
que ya está aquí